

LOS SAUCES

Juan Manuel Periañez



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

a mi Ariadna particular, siempre

LIBRO PRIMERO

*So we beat on, boats against the current,
borne back ceaselessly into the past.*

The Great Gatsby
F. Scott Fitzgerald

1. EL CUMPLEAÑOS DE ZOE

La compacta y oscura masa de nubes comenzaba a desgajarse. El cielo había estado encapotado durante todo el día y copiosos aguaceros intermitentes habían descargado con fuerza. En los márgenes de la carretera que daba acceso al recinto, la tierra rojiza calada por debajo de la hojarasca marchita, desprendía un fino aroma de preámbulo primaveral, silvestre y vaporoso.

La larga carrera se había iniciado en la entrada de la urbanización. Unos minutos antes, Dimas, tras las primeras disculpas de rigor, había vuelto a arremeter a su amigo con sus chanzas y bravuconerías lo que desembocó en un alocado escarceo entre las zarzas y los matorrales. Aprovechando el peso extra que portaba este último en la mochila le había tomado cierta ventaja. El muchacho, por no dejarse ver, sonreía ahora entre dientes, desdeñoso y sin volver la cabeza hacia su amigo.

Juan Antonio, importunado gravemente, no se lo perdonaba. Espoleado aún con el recuerdo sonoro de las insolentes puyas lo seguía muy de cerca e intentaba forzar el ritmo de su marcha con cada embestida de sus zancadas.

A aquellas alturas los pies les pesaban como plomos y ambos agradecieron el amparo de la suave pendiente. Los briosos pasos iniciales se habían tornado en un movimiento casi automático, rítmico, que se dejaba hacer. Antes de doblar la siguiente esquina Dimas se detuvo valorando la treintena de metros que lo separaba de su compañero. Encorvado y con las manos apoyadas

en las rodillas, aprovechó para tomar aliento. De figura espigada, tenía el cabello acaracolado, el rostro afilado, la tez oscura y la nariz ancha, los ojos ligeramente almendrados por debajo de unas cejas de suave curva. Estaba muy excitado y no le quitaba ojos a su perseguidor.

Pasaba San Leandro y allá donde se mirara las repentinas lloviznas anticipaban la placidez agreste del próximo marzo. Una línea azulada de montañas circundaba aquel costado de la urbanización, el orientado hacia el oeste. Entre los cercados de los variopintos chalets, por encima de las azoteas enladrilladas y las copas de los árboles, se divisaban los cerros desnudos de la serra-nía.

Dimas pensó que las posibilidades de salir airoso escaseaban. El enredo de calles les había conducido hasta una de las transversales del final del recinto y, casi jadeantes, lindaban ya con el campo abierto. Sin mejor opción para su huida, agarró decididamente el enrejado de uno de los vallados y se dispuso a trepar al interior del solar.

Conocía el terreno y sabía que estaba desierto: la última de las parcelas que restaba aún por edificar en la urbanización. Comprendía unos quinientos metros cuadrados y su espacio lo compartían dos parejas de olmos y un olivo solitario de ramas retorcidas erguido en la esquina más alejada. En su mitad derecha, excavado en la tierra como un singular bocado, un rectángulo ocre de paredes irregulares estaba destinado a la futura piscina.

El terreno había sido adquirido por una pareja de fornidos noruegos y durante las dos últimas semanas su llegada se había convertido en el chascarrillo de moda más cacareado por el vecindario. Los nuevos propietarios habían gozado de muy buena acogida y entre todos los vecinos se habían afanado en hacérselo notar, alabando por turnos su talante abierto, aparentemente ingenuo, aunque reservado «para sus cosas que no hemos de entender». Para la casa se habían propuesto emplear como material de construcción básicamente madera lo que, una vez conocido,

provocó que las ventajas del ladrillo para aquel clima, enumeradas a modo de hispánica retahíla, hubieran de correr de boca en boca por toda la urbanización. No obstante hubo algunos que por novelería, atención a los extranjeros o tal vez sorprendidos por la sencillez de los planos, se decantaron abiertamente por aquellas maderas importadas ex profeso del frío norte europeo.

Los extranjeros, tal como eran conocidos, habían aparecido una noche en un destartado camioncillo con su batea repleta de vigas y tablones. Dimas sólo se los había cruzado en una ocasión. Había sucedido a su regreso del colegio y, tras un obligado pero apresurado almuerzo, pasaría aquella tarde observando sus quehaceres rutinarios impelido por la curiosidad. Días después junto a Juan Antonio, habría de buscar en un atlas escolar la ubicación de aquel país y ambos discutirían sobre el sombreado con el que aparecía coloreado en el mapa. El ilustrador no debía de haber estado muy acertado. El tenue amarillo bien hubiera valido la pena sustituirlo por un blanco absoluto, glacial, que le hiciera mayor justicia a aquellas lejanas y frías tierras.

El muchacho dudaba valorando el mejor lugar para esconderse. La montaña de grava, la pila de losetas, quizás la oquedad situada a la espalda de la gran pila de enseres y materiales de construcción... Por un momento le asaltó nuevamente la curiosidad. Observó los certeros ensamblajes de aquellos tablones y se admiró del buen hacer de los propietarios. Imaginó que algún día, también él habría de construir una casa similar, asombrado por el hecho de que pudiera llegar a hacerlo con sus propias manos.

Frenético, su perseguidor había irrumpido por la esquina e intuyendo la nueva maniobra engullía aceleradamente la distancia que los separaba. Dimas podía ver la expresión de complacencia en el rostro de su menudo amigo, la sonrisa amplia, los pómulos encendidos.

Dimas tenía el tiempo justo. Sintió como el alambre que coronaba el enrejado desgarraba ligeramente la palma de su mano

derecha pero no vaciló. Arrojó su espadín por encima de la valla y con esfuerzo logró encaramarse en lo alto. Después saltó hacia el otro lado. Un mirlo fue a alzar el vuelo despavorido desde unos arbustos refugiándose en las ramas medias del lejano olivo. Simultáneamente, Juan Antonio, exhausto, llegaba a su altura y acopiando con ansia sus mermadas energías le propinaba un violento puntapiés al enrejado.

—¿Pero estás seguro? Dime que no es verdad —gritó respirando dificultosamente—, ¿y cómo lo sabes?, ¿por qué no me lo habías dicho antes?

—Se lo pregunté hoy en clase a la señorita Andrea —respondió Dimas con su acostumbrado deje nasal, reponiéndose del esfuerzo—. Al principio intenté ver las fichas por mi cuenta, pero ella las guardó en su cajón. No quería decírmelo, así que tuve que explicárselo todo.

Juan Antonio, enardecido por la nueva revelación, hizo además de saltar también la valla, pero Dimas retrocedió alegremente. Comprendiendo lo vano de su intento se contuvo tratando de ocultar su rubor. Sus manos cortas y tostadas jugueteaban indecisas con la madera de su espadín, sopesando el próximo movimiento; satisfecho se desprendió de la pesada mochila que colgaba a su espalda y la dejó caer a sus pies.

—No te preocupes, a Zoe no le dirá nada —añadió noblemente Dimas.

No había querido ofenderlo, pero para aplacar el temperamento de su amigo, llano y directo, impulsivo, las más desconfiado, sabía que no le iba a bastar ahora con una simple declaración de buenas intenciones. Por mucho que se esforzara el daño ya estaba hecho y cada nueva muestra de afectuosidad dispensada parecía acentuar el escozor de la herida. Apenado por su turbación le dirigió una mirada leal, sin rebozo, pero Juan Antonio la recibió fríamente; con un orgulloso gesto seguía achacando a la mochila su torpeza en la carrera.

—Ya te vale —concluyó este último desolado—. Además yo no estaría tan seguro.

Alineadas a un lado de la calle las farolas derramaban su luz mortecina sobre el camino de albero. Con la caída de la noche numerosos insectos se habían congregado a su alrededor y zumbaban en confusas trayectorias. Inmóvil, adherida al poste del tendido eléctrico, una salamanquesa los observaba paciente, con sabia cautela.

Los muchachos estaban apurados. Medían sus fuerzas y, acompasando la respiración, trataban mutuamente de ocultarse la extenuación física que padecían. Tenían los pantalones embarrados, con los bajos oscurecidos por la verdina de la acequia donde, como de costumbre, habían pasado las últimas horas de la tarde aliviando las piernas del sofoco sufrido en la vaquería cercana.

La mañana la habían comenzado con ilusión. El fin de semana anterior, Justo, el propietario de la vaquería, les había advertido de la llegada de un recio semental destinado a cubrir una de sus yeguas y les había invitado a presenciar la monta. Desde entonces habían esperado ansiosos la llegada del viernes. Anticipar en su imaginación la fortaleza y bravura del semental en pos de la yegua por el pastizal se había convertido en un pasatiempo reconfortante. Lo habían compartido en voz alta, diseccionado los más mínimos detalles.

En la vaquería prepararon al animal con mimo. Los muchachos gustosos en participar en el evento, como bien pudieran, se habían ofrecido a pasear todas las tardes a la yegua por la margen de un popular arroyuelo; un lugar muy frecuentado por campistas y aficionados a la pesca que en aquella época del año bajaba cargado de vida. El viejo Justo solía afirmar con solemnidad que en esa zona se encontraban los pastos más nutritivos.

Aquel día las clases se les eternizaron, la pesada vuelta en autobús había sido un nunca acabar. Cuando finalmente los dos



caballistas del ejército llegaron con el tordo semental desde el cuartel madrileño todo estaba dispuesto. Los muchachos, con disimulo mal contenido, estallaron de júbilo. El espectáculo les impresionó hondamente.

Después alargaron las horas en la acequia comentando lo sucedido. Colocaron algunos cepos entre los cultivos y de camino comprobaron, sin mucho tino, las redes para pájaros ubicadas en días anteriores. Ya al caer la tarde los sorprendió la lluvia y de buen grado terminaron refugiados en las ruinas de la antigua estación de ferrocarril, en un desvencijado y añoso vagón de carga. Había sido en su interior, quizás por el aburrimiento de la espera, donde Dimas había iniciado la sarta de alusiones a los entresijos del alma de su amigo. Todo empezó con un desafortunado comentario, casi sin intención y a ojos vistas bastante inocente, aunque lo suficientemente afilado para que su compañero se encendiera.

Aún con la valla de por medio, los muchachos seguían estudiándose. Dimas valoraba nuevamente la situación. Tenía el ceño fruncido, la mirada grave. Resopló con disgusto y finalmente con fugaz gesto extendió una mano conciliadora. Juan Antonio no se inmutó, reculó medio paso y aprovechando con nervio la novedad introdujo su espadín a través del enrejado sorprendiendo violentamente a Dimas en el abdomen.

—¡Traidor! —Exclamó Dimas dolorido.

—Mira por donde la verdad es que no te creo, ¿qué te dijo ella?

La carretera con su correr de vehículos resonaba a lo lejos. Volvía la lluvia y Dimas se quejaba en círculos consigo mismo. Sentía la boca espesa y enjugaba sus labios de forma agradecida. Unos minutos antes había notado un incipiente escozor en su garganta y ahora se le repetía. Mecánicamente lo achacó al tiempo.

—Vamos, ¿qué te dijo? —Apremió colérico Juan Antonio.

—Nada, sólo se rió.

—Eres un estúpido y no te creo. Además no puede ser tan pronto.

—Allá tú —aseveró Dimas atusándose los rizos de su flequillo—, puedes pensar lo que quieras.

—Creía que eras mi amigo, pero lo que has hecho...

—He dado el paso que tú no te atrevías a dar —argumentó Dimas otra vez sonriente y atento ahora a los movimientos de su compañero en previsión de una nueva estocada—, lo he hecho por ti. Mejor esto que llenar la pared de tonterías.

Juan Antonio negó varias veces con la cabeza. Parecía disgustado consigo mismo, con su amigo, con el mundo. Recordó con rabia el episodio de las pintadas y se sintió herido en lo más profundo de su ser. Ni siquiera con ellas, en apariencia lo suficientemente explícitas, había conseguido despertar el interés de Zoe. De repente nada tenía sentido. Además emplazadas como estaban en el muro encalado del patio no sería extraño que ahora su delicado asunto se hubiera convertido en la comidilla de todos los alumnos. No lo soportaba. Había sido una grave equivocación, precipitado el momento. Meditabundo, descorazonado, concluyó que delatarse tan estúpidamente no había merecido la pena. Tenía que encontrar otra forma para expresarlo, menos complicada. Quizás si le hablara a Zoe directamente, sin andamiajes ni ambigüedades, lo entendería. Incluso pudiera ser que, tal como afirmaba Dimas, ella lo hubiera estado esperando. Pero no se sentía capaz de afrontar un cara a cara, llevarlo a cabo implicaba entrar en su terreno donde la última palabra no habría de ser la suya. ¿Pero es que acaso existía otra manera? ¿Alguna vez en la vida habría de ser diferente? Por supuesto, la recompensa de conocer de primera mano la respuesta a sus anhelos era tentadora, absorbía sus pensamientos. Desvanecer sus dudas sin más preámbulos lo seducía como fresca agua de mayo pero a la vez temía el amargo cosquilleo de la decepción, obsesivamente, con toda la fuerza y lozanía de un alma de trece años inexperta aún en tan arduos menesteres.



—No me queda tiempo, tendré que buscar otra oportunidad.

—No te preocupes —lo alentó Dimas—, yo te ayudaré. Conozco una buena tienda en la ciudad.

Juan Antonio había desviado la mirada despreciando el ofrecimiento. Parecía sumido en profundas y dolorosas cavilaciones. Cabizbajo, horadaba el albero húmedo con su pie derecho donde una infortunada lombriz acababa de asomar.

—Tendrán que ser dos —concluyó inesperadamente.

—¿Dos? —Exclamó Dimas interrogante, sorprendido.

—Uno por cada uno. Así ni habrá sospechas ni le llamará la atención.

—¡Pero si es precisamente lo que tienes que hacer! ¡Llamar su atención! Después de las pintadas, ¿qué crees tú que estará pensando ella?

Dimas comprendiendo que al menos por el momento el asunto no era negociable desechó su réplica de mala gana bisbiseando ofuscado entre dientes. Bostezó, se rascó la cabeza como si con ello ayudara a promover sus pensamientos y finalmente, con tono circunspecto aunque sin dejar de refunfuñar, añadió:

—De acuerdo. Lo haremos juntos. Pero cuando todo salga bien, prométeme que tú se lo explicarás todo.

—Siempre que salga bien no tendría motivo para oponerme.

—Tú prométemelo —insistió Dimas.

Juan Antonio asintió, todavía con el semblante extraviado, ausente.

—No quiero que piense que yo también..., bueno ya sabes, —continuó Dimas—. Es tarde y tenemos que terminar el trabajo. Ahora llevaré yo la mochila —propuso indulgente—, ¿cuántos kilos crees que habrá esta vez?

—Lo menos de quince a veinte —sentenció Juan Antonio ilusionado, arropado con el bosquejo de una traviesa sonrisa—, aunque por el olor parece que lleváramos lo menos cincuenta.